

THE COMMUNIST POLITICAL CULTURE:  
A POLYHEDRAL, COMPLEX AND CONFLICTIVE FIELD

# La cultura política comunista: un fenómeno poliédrico, complejo y conflictivo\*

Mario Rosano Alloza

**Universidad de Cádiz**

mario.rosano@uca.es <https://orcid.org/0000-0003-0993-3117>

---

Julio Pérez Serrano

**Universidad de Cádiz**

julio.perez@uca.es <https://orcid.org/0000-0001-7644-4255>

---

Fecha recepción: 13.06.2023 / Fecha aceptación: 16.10.2023

## Resumen

El presente artículo tiene como objetivo analizar críticamente el impacto que ha tenido la introducción de los estudios sobre la cultura política en la producción científica referida a la historia del comunismo, lo que ha permitido cuestionar los estereotipos dominantes

## Abstract

The objective of this article is to critically analyze the impact that the introduction of studies on political culture has had on the scientific production referred to the history of communism, which has allowed us to question the dominant stereotypes

---

\* Este trabajo ha sido posible gracias a la financiación aportada por una Ayuda para la Formación del Profesorado Universitario (FPU19/01913) y el Proyecto de investigación financiado por el Programa Retos de la Sociedad Andaluza del Plan Andaluz de Investigación, Desarrollo e Innovación “Los sindicatos en la construcción de la autonomía andaluza: de la lucha por la tierra a la concertación social (1970-2020)” [P20-00922].

durante la Guerra Fría. Las aportaciones realizadas en los campos de la historia y las ciencias sociales, pese a su diversidad de enfoques y metodologías, han permitido desechar la imagen del movimiento comunista como una entidad invariable, monolítica y esencialmente distópica, que habría sido condenada por la dinámica natural de la realidad histórica. Al mismo tiempo, se señalarán también las limitaciones que, a juicio de los autores, manifiestan muchas de estas propuestas renovadoras y se propondrán claves interpretativas que podrían favorecer el desarrollo de los estudios sobre el comunismo como ámbito de diálogo interdisciplinar.

## Palabras clave

cultura política, comunismo, soviología, historiografía.

during the Cold War. The contributions made in the fields of history and social sciences, despite their diversity of approaches and methodologies, have made it possible to discard the image of the communist movement as an invariable, monolithic and essentially dystopian entity, which would have been condemned by the natural dynamics of the historical reality. At the same time, the limitations that, in the opinion of the authors, manifest many of these renovating proposals will also be pointed out and interpretative keys that could favor the development of studies on communism as an area of interdisciplinary dialogue will be proposed.

## Keywords

political culture, communism, Sovietology, historiography.

## Introducción

Decían los sociólogos españoles María Luz Morán y Jorge Benedicto que abordar algún aspecto de aquello que convenimos en llamar «cultura política» implica someterse a la maldición de Sísifo. Por muchos trabajos que se hayan producido al respecto, el investigador interesado por este tema se ve siempre obligado a plantear una delimitación del significado, contenido y límites del concepto al igual que el héroe corintio se afanó en empujar eternamente, condenado por los dioses, una roca hasta lo más alto de una enorme montaña<sup>1</sup>. En un trabajo como este, que utiliza la revisión bibliográfica con la finalidad de desbrozar y ordenar los distintos enfoques con los que se ha estudiado la cultura política comunista, la condición sisífrica de la temática en cuestión deja de ser una mítica imposición divina para convertirse en algo material, mucho más ineludible y necesario.

En este sentido, tal como han hecho numerosos politólogos, sociólogos, antropólogos e historiadores antes que nosotros<sup>2</sup>, conviene precisar que el concepto de cultura política nació en la politología americana de la década de 1960 en un contexto marcado por las dimensiones prácticas de la gran teoría de la modernización y por la fe en las posibilidades metodológicas de la revolución behaviorista. La intención de sus creadores fue la de contribuir al desarrollo político de las naciones emergentes a través de la codificación (y posible exportación) de las actitudes y sentimientos políticos propios de las democracias liberales. Como precisaban Gabriel Almond y Sidney Verba en *La cultura cívica*, obra en la que aparece la primera versión sistematizada del concepto,

Si queremos comprender mejor los problemas de la difusión de una cultura democrática, debemos ser capaces de especificar el contenido de lo que ha de ser difundido, de desarrollar medidas apropiadas para ello, de descubrir sus incidencias cuantitativas y distribución demográfica en países con un ancho margen de experiencia en democracia. Provistos de estos conocimientos, podremos especular racionalmente sobre “cuánto de qué cosa” debe encontrarse en un país, antes de que las instituciones democráticas echen raíces en actitudes y expectativas congruentes<sup>3</sup>.

---

1. Morán y Benedicto, 1995, p. 1.

2. A nuestro juicio, algunos de los mejores estados de la cuestión serían los siguientes: Morán, 1999; Diego, 2006; Cabrera, 2010; Schneider y Avenburg 2015; Welch, 2005.

3. Almond y Verba, 1979, pp. 25-26.

Así pues, en la medida en que desde esta perspectiva la clave de la democracia no era una cuestión de instituciones formales sino de actitudes y sentimientos<sup>4</sup>, estos autores desarrollaron la idea de cultura política en términos claramente cognitivos, definiéndola como el patrón particular de pautas de orientación hacia los objetos políticos<sup>5</sup> en el que todo sistema político se encuentra inserto<sup>6</sup>, es decir como un fenómeno fácilmente aprehensible gracias a las encuestas de opinión, que para el propio Almond debían ser al análisis politológico lo que los microscopios a la biología<sup>7</sup>.

Esta mezcla de componentes ideológicos y psicologistas, que en un principio catapultó rápidamente a los politólogos americanos hacia el *hall of fame* de las ciencias sociales, también concitó numerosas críticas. De hecho, pese a que parecía estar llamada a constituir el alfa y el omega de las nuevas ciencias políticas, muy alejadas ya de su pasado filosófico y totalmente alineadas con el espíritu de las ciencias puras, la teoría de Almond y Verba entró en una aguda fase de reflujo a finales de los años sesenta<sup>8</sup>. A pesar de esta crisis, el concepto de cultura política ha seguido utilizándose en distintos círculos científicos y académicos, siendo aquellos interesados por el comunismo los que más se han beneficiado de sus posibilidades heurísticas. Como señalábamos en otro lugar, es posible que, para bien o para mal, el acercamiento a los comunistas a través del concepto de cultura política haya permitido caracterizar, conocer mejor y prever las reacciones de los miembros del movimiento debido a su contribución «a la conformación de la conducta política de los individuos»<sup>9</sup>, lo cual puede explicar el éxito de este enfoque – continuando con la metáfora olímpica – tanto entre los seguidores de Minerva como entre los adeptos a Marte, es decir tanto en la investigación académica como en los organismos de seguridad y defensa de las potencias occidentales interesadas en saber cómo competir con el Bloque del Este<sup>10</sup>.

En el presente artículo acometeremos la labor de analizar los trabajos que, perteneciendo a los círculos mencionados, más han contribuido a desechar la imagen del movimiento comunista como una entidad invariable, monolítica y esencialmente distópica. Al mismo tiempo, señalaremos también las limitaciones que, a nuestro juicio, manifiestan muchas de estas propuestas renovadoras y propondremos claves interpretativas que podrían favorecer el desarrollo de los estudios sobre el comunismo como ámbito de diálogo interdisciplinar.

---

4. Almond y Verba, 1979, p. 21.

5. Como señala Javier de Diego, dichos objetos políticos son el sistema global; sus inputs (estructura, roles políticos y procesos de decisión); sus outputs (decisiones legislativas, administrativas y jurisdiccionales); y, por último, la autopercepción de los ciudadanos como actores en el marco de dicho sistema. Véase Diego, 2006, p. 237.

6. Almond, 1956, p. 396.

7. Almond, 1990, p. 142.

8. Morán y Benedicto, 1995, pp. 10-11.

9. Cf. Cabrera, 2010, p. 19-20 y 44; Peña González, Rosano Alloza y Pérez Serrano, 2023, p. 428.

10. Engerman, 2009, p. 1.

## Sovietología y cultura política

Una de las ramas del conocimiento donde la recepción de la teoría de la cultura política produjo resultados más inesperadamente fructíferos fue la de la soviología<sup>11</sup>. Sin embargo, toda vez que dicha rama del conocimiento constituyó más bien un pseudo-campo escasamente unificado y forjado en el «corazón del pensamiento de guerra fría»<sup>12</sup> – razón por la cual nosotros no asumimos ninguna de las propuestas analíticas que se gestaron en su interior –, su desarrollo resulta más o menos útil para el estudioso contemporáneo del comunismo en función de su propia visión de la dialéctica Minerva-Marte<sup>13</sup>. En cualquier caso, según Stephen Welch<sup>14</sup>, dentro de la soviología hubo cuatro posiciones analíticas básicas que, desafiando en distinto grado la concepción original de *La cultura cívica*, desarrollaron la teoría de la cultura política comunista a través de un debate sobre la definición del concepto<sup>15</sup>.

La primera de las posiciones mencionadas, a la que Welch bautizó como la vía de la «continuidad actitudinal»<sup>16</sup>, estuvo representada por el politólogo británico Archie Brown<sup>17</sup>. Aunque la propuesta de este autor hundía sus raíces en una visión cognitiva de los fenómenos culturales, a diferencia de Almond y Verba el politólogo británico rechazó la noción de «desarrollo político» en favor de la más neutral de «cambio»<sup>18</sup>; negó la coherencia absoluta entre cultura y sistema políticos<sup>19</sup>, y se vio obligado a prescribir técnicas de investigación cualitativas ante las dificultades para realizar investigación cuantitativa en los países del bloque socialista<sup>20</sup>.

Desde este prisma, Brown concretó el término de cultura política a través de tres avatares que aludían a realidades análogas y simultáneas en el devenir histórico de los países socialistas, a saber: la cultura política *dominante*, a la que definió como «la percepción subjetiva de la historia y de la política, las creencias y valores fundamentales, los focos de identificación y lealtad, y el conocimiento y las expectativas políticas que son producto de la experiencia histórica específica de naciones y grupos»<sup>21</sup>; la cultura política *oficial*, que estaba conformada por «las normas oficiales, las metas y desideratas políticas más que por los valores y creencias

11. Morán y Benedicto, 1995, p. 12; Morán, 1996/1997, p. 11; Diego, 2006, p. 243.

12. Engerman, 2009, p. 1.

13. Esta metáfora la hemos tomado de Engerman, 2009, p. 1.

14. Welch, 2005, p. 107.

15. Cabe señalar que también hubo soviólogos, como Frederick Barghoorn, que adoptaron fielmente el enfoque behaviorista. Según los creadores del concepto, este fue el primer autor en aplicar su teoría al estudio del comunismo. Véase Barghoorn, 1965 y 1986; Almond y Roselle, 1990, p. 78; Pye, 1976, p. 328.

16. Welch, 2005, p. 108.

17. Brown, 1974; Brown, 1984a; Brown y Gray, 1977.

18. Brown, 1984b, p. 6.

19. Brown, 1984b, p. 6.

20. El artículo de Brown y Wightman es una de las excepciones que confirman esta regla. Por otro lado, esta restricción, evidentemente, no aplica en el caso de los propios estudios soviéticos de cultura política, cuya historia puede revisarse en Rosano Alloza, 2023b. Véase Brown y Wightman, 1977.

21. Brown, 1977, p. 1.

sociales»<sup>22</sup>, y la cultura política *de la élite*, a medio camino entre los valores del pueblo y los principios custodiados por los guardianes de la ortodoxia<sup>23</sup>.

Para Brown, antes de llegar al poder en sus respectivos Estados, los comunistas constituyeron una subcultura distintiva entre cuyas características generales se encontraban la mirada a la URSS como guía e inspiración; la adhesión a la doctrina de la lucha de clases; la organización a través del centralismo democrático; la visión de que el Partido Comunista tenía el derecho de gobierno gracias a su capacidad para interpretar y actuar a través de la ciencia de la sociedad (el marxismo-leninismo); la determinación de alterar las relaciones de producción, y la meta de construir la sociedad sin clases. Dichos componentes pasaron a formar parte de la cultura política oficial una vez triunfaron las diferentes revoluciones que convirtieron a los Partidos Comunistas en agentes gubernamentales<sup>24</sup>. En estos contextos este conjunto de principios se acabó fusionando, vía élite, con valores y normas provenientes de una cultura política dominante cuyo grado de coherencia o afinidad con el abecé del marxismo-leninismo fue variable dependiendo del país del que se tratara<sup>25</sup>. Sobre esta cuestión de la diversidad de contextos nacionales volveremos más adelante.

Por otro lado, la soviología amparó a un grupo de autores que interpretaron la cultura política de los países socialistas «en términos de continuidad histórica, enfatizando uno u otro patrón cultural, normalmente uno autoritario»<sup>26</sup>. Así, historiadores como Edward Keenan<sup>27</sup> y politólogos como Stephen White<sup>28</sup> sostuvieron que en el seno de los países socialistas era posible demostrar la existencia de prácticas y creencias políticas provenientes de la época pre-revolucionaria y transmitidas de generación en generación por instituciones como la familia, la literatura, la iglesia o la costumbre<sup>29</sup>. Para White<sup>30</sup>, la creciente popularidad del concepto de cultura política dentro de los estudios comunistas se debió fundamentalmente al reconocimiento generalizado, por parte de la comunidad científica, de la importancia de atender tanto a los factores nacionales y específicos como a las variables sistémicas típicas de la politología. En la medida en que constituyó un intento de alejar la metodología de las ciencias naturales del estudio de los asuntos humanos, esta suerte de «cura histórica» dio un paso más en el desafío al enfoque clásico de la cultura política<sup>31</sup>. De hecho, este autor, junto a los llamados «pioneros del giro cultural»<sup>32</sup>, fue considerado por el propio Almond<sup>33</sup> como el

---

22. Brown, 1984c, p. 177.

23. Brown, 1984c, pp. 181-182.

24. Brown, 1984c, p. 179.

25. Brown, 1984c, p. 181.

26. Welch, 2005, p. 109.

27. Keenan, 1986.

28. White, 1979; White, 1984.

29. White, 1984, p. 363.

30. White, 1984, p. 352.

31. White, 1984, p. 352.

32. Welch, 2005, p. 108.

33. Almond, 1990b, pp. 144-145.

representante de una de las principales líneas de oposición a su propuesta<sup>34</sup>. Según el creador de *La cultura cívica*, White y «los estudiosos del comunismo» impugnaron la «subjetivización radical» del concepto que nos ocupa, es decir su reducción a aspectos psicológicos, modificándolo para incluir también aspectos agenciales en aras de eliminar lo que entendían como una «inclinación conservadora» en la teoría de la cultura política.

Sea como fuere, aun compartiendo que las culturas políticas de los distintos movimientos comunistas asimilaban elementos culturales pre-revolucionarios<sup>35</sup>, la crítica de los pioneros del giro cultural, entre quienes se encontraban Alfred Meyer<sup>36</sup>, Richard Fagen<sup>37</sup> y Robert Tucker<sup>38</sup>, tiene una diferencia de matiz con respecto a la de los partidarios de la hipótesis de la continuidad histórica, ya que su principal disenso con el modelo clásico residía en un cambio de énfasis respecto del papel de fenómenos tales como los rituales, los mitos, los cultos y los discursos. Estos elementos, antaño considerados como meros objetos de aceptación o rechazo por parte de una cultura política nacional dada, eran para los pioneros, por el contrario, partes constituyentes de la misma<sup>39</sup>. Consecuentemente, la clave de su propuesta teórico-metodológica radicaba en la consideración de que, si bien el concepto de cultura política podía ser utilizado para referir los aspectos predominantemente políticos de una cultura, la cultura política no debía ser examinada como «algo claramente diferenciado del patrón cultural más amplio y formando una esfera autónoma»<sup>40</sup>.

En definitiva, como señala Welch<sup>41</sup>, los pioneros buscaban comprender, en términos holísticos, el conjunto de significados subyacentes a la práctica política de los Estados, partidos, militantes y ciudadanos comunistas, a quienes consideraban, tanto en el buen como en el mal sentido, «maestros de la construcción cultural»<sup>42</sup>. Esta finalidad, que redundaba en un interés por el cambio y la transformación, fijó los estadios tempranos de las revoluciones

---

34. A pesar de dicha consideración, que partía de la idea patrimonialista de que el concepto de cultura política debía ser aplicado y no desafiado, Almond saludó los resultados de las investigaciones de los estudiosos del comunismo examinados hasta el momento. Para el politólogo americano, este grupo de soviétólogos había logrado demostrar el fracaso de los regímenes socialistas a la hora de transformar las actitudes, creencias, valores y sentimientos de los ciudadanos de sus respectivos países, lo cual redundaba en una verificación de su teoría en la medida en que la misma incorporaba la concepción de que la cultura política es un fenómeno fuertemente persistente a lo largo de tiempo. Véase Almond, 1990a.

35. En realidad, son los pioneros quienes legaron esta idea a los partidarios de la hipótesis de la continuidad histórica. Como dice Tucker, el enfoque histórico en los estudios comunistas se remonta a la formación, bajo su propia tutela, del *Planning Group on Comparative Communist Studies* en 1967. Véase Tucker, 1987a, pp. 424-425.

36. Meyer, 1965; Meyer, 1972.

37. Fagen, 1969.

38. Tucker, 1987b. Este libro es una recopilación de las mejores aportaciones de Tucker al estudio de la cultura política comunista.

39. Welch, 2005, pp. 108-109.

40. Tucker, 1973, p. 181.

41. Welch, 1987, p. 490.

42. Meyer, 1972, p. 365.

como un tema de especial interés en su agenda científica. No obstante, los creadores del autoproclamado «enfoque cultural de la política», que es como llamaron a su perspectiva para diferenciarla del modelo clásico, establecieron la necesidad de estudiar los procesos y la política cultural de los estadios tardíos, así como de abordar la investigación de los movimientos comunistas ajenos al poder, los cuales, en su opinión, podían constituir «una fuente de información valiosa sobre la naturaleza del comunismo moderno como un movimiento transformador de la cultura»<sup>43</sup>.

Finalmente, la última de las alternativas a los enfoques subjetivistas vino de mano de un conjunto de autores atraídos por la temática de la adaptación cultural. Habitados a trabajar, como subraya Welch<sup>44</sup>, en un nivel social más íntimo al que podríamos categorizar como el *lebenswelt* del comunismo, Kenneth Jowitt<sup>45</sup>, Alena Ledeneva<sup>46</sup>, Wayne DiFranceisco y Zvi Gitelman<sup>47</sup> se concentraron en el estudio de fenómenos como el *blat*, la *proteksiia*, el *guanxi* y otros «comportamientos y habilidades [informales] inducidos e inculcados por el comunismo, distantes tanto de los objetivos oficiales de los regímenes como del comportamiento que se habría dado en su ausencia»<sup>48</sup>.

Si bien, como acabamos de comprobar, las propuestas generadas bajo la égida de la soviología tienen notables diferencias entre sí, también es cierto que comparten un cúmulo de fortalezas y debilidades que es necesario subrayar para terminar de pergeñar el retrato robot de los estudios cultural-políticos aplicados al comunismo durante esta primera fase de su desarrollo.

En primer lugar, como punto positivo, señalaremos que la mayor parte de los autores mencionados integraron con relativo acierto el enfoque comparativo, a nuestro juicio uno de los componentes necesarios (pero no suficientes) para desarrollar con éxito una teoría de la cultura política comunista. Este enfoque no se materializó únicamente en el ya citado *Planning Group for the Study of Comparative Communism* de Robert Tucker<sup>49</sup>, sino que también hizo acto de presencia en los libros editados por Archie Brown, compuestos por artículos de diferentes especialistas que estudiaron las características político-culturales distintivas de Estados socialistas tan diferentes entre sí como Checoslovaquia, Cuba, Rumanía y Yugoslavia; o en los trabajos, más recientes, de Alena Ledeneva. Quizás, como corolario de las fortalezas del trabajo de los soviólogos, valga enunciar la voluntad de éstos de considerar al comunismo como un fenómeno complejo y necesariamente conflictivo en el que el factor

43. Tucker, 1973, pp. 186-188; Meyer, 1972, pp. 360-365.

44. Welch, 2005, p. 109. En este punto, también deben mencionarse estudios que aluden a lo que podríamos entender como «organización cultural del comunismo» en sentido estrecho, es decir a las redes intelectuales, científicas y técnicas que – como los logros espaciales – sirvieron para crear una identidad comunista allende los elementos puramente agenciales, ideológicos y simbólicos a los que hemos hecho referencia más arriba. Por ejemplo, Gouarné, 2013; Laurens, 2019; Berger y Cornelissen, 2021.

45. Jowitt, 1974; Jowitt, 1992.

46. Ledeneva, 2004; Ledeneva, 2008.

47. DiFranceisco y Gitelman, 1984.

48. Welch, 2005, p. 109.

49. Véase nota 36.



nacional era un elemento determinante. Como apuntaba el propio Tucker, «si el comunismo en la práctica tiende a ser una amalgama de un sistema cultural innovador y elementos de un ethos cultural nacional, entonces las divergencias del ethos cultural nacional serán uno de los factores que propiciarán la diversidad del desarrollo y la tensión cultural entre los diferentes movimientos», si bien el autor precisa que no pretende con ello «sugerir que este sea la única fuente importante de diversidad en las culturas comunistas»<sup>50</sup>.

Como aspecto negativo se constata que, en mayor o menor medida, gran parte de las propuestas estudiadas parten de la premisa, cuanto menos discutible, de que las culturas políticas de tipo soviético están indefectiblemente conectadas con el supuesto absolutismo atávico de la cultura política rusa, que actuaría como matriz de todas ellas<sup>51</sup>. En efecto, lo que White señaló como «un acuerdo sincero entre científicos que no se da en casi nada más»<sup>52</sup>, parece emparar como una mancha de aceite la mayor parte de los análisis de quienes se interesaron por la temática de la cultura política comunista, provocando que la ruptura con el enfoque del totalitarismo no se produjese de una manera tan fehaciente – aunque insistimos en que esto depende mucho del soviétólogo en cuestión – como en el caso de los historiadores<sup>53</sup>.

Por otro lado, aunque la soviología reuniera a «iconoclastas, genios, lobos solitarios [,] arribistas» y a «algunas de las mejores mentes de la izquierda, la derecha y sobre todo el centro del espectro político de América»<sup>54</sup>, como advierte Domenico Losurdo en su análisis crítico de la leyenda negra sobre Stalin<sup>55</sup>, en este país dicha disciplina manifestó tradicionalmente una «tendencia a desarrollarse alrededor de la CIA y otras agencias militares y de *intelligence*, previa eliminación de los elementos sospechosos de albergar simpatías por el país de la Revolución de Octubre»<sup>56</sup>, lo que sin duda la conecta con una mentalidad anticomunista de la que ya participaron explícitamente los padres del concepto de cultura política<sup>57</sup>.

---

50. Tucker, 1973, p. 190.

51. Petro, 1998.

52. Cf. Petro, 1998.

53. Sobre el totalitarismo, que durante la Guerra Fría fue una teoría «anticomunista para designar al enemigo del “mundo libre”», véase Traverso, 2001, p. 160. Sobre la historiografía enfrentada al paradigma totalitarista véase Sánchez Resalt, 2018.

54. Engerman, 2009, p. 1.

55. Losurdo, 2011, p. 20.

56. Dicho esto, creemos que sería muy pertinente acometer un estudio análogo al de Engerman para el caso de la soviología británica a fin de conocer más en profundidad su dialéctica Minerva-Marte. Véase Engerman, 2009.

57. En su *The appeals of communism*, Gabriel Almond se refiere psicoanalíticamente a la disidencia comunista de los países capitalistas en términos de neurosis política. Por otro lado, tal como narra David Engerman, autores como Richard Pipes – del que no nos ocupamos en este artículo por la extrema parcialidad de sus análisis – también se sirvieron del marco teórico que nos ocupa para dar forma a la política exterior estadounidense. Cf. Engerman, 2009, p. 283.

## Historiografía, comunismo y cultura política

Al mismo tiempo que confirmó el fracaso de los *soviet studies*, que vinieron a convertirse en una suerte de «transitología»<sup>58</sup>, el colapso del campo socialista también ha permitido que la historia del comunismo haya ido «ganando en rigurosidad» y «complejizando sus análisis» durante las últimas décadas<sup>59</sup>. Así pues, mientras que pocos años después del desplome del Bloque del Este los antiguos soviólogos dejaron de interesarse sustantivamente por el comunismo para centrarse en el estudio de la conflictiva realidad post-soviética<sup>60</sup>, los historiadores aprovecharon la eclosión de los enfoques multidisciplinares, la apertura de los viejos archivos comunistas y la propia evolución de la disciplina historiográfica para arrojar nuevas miradas sobre el objeto de investigación que nos ocupa<sup>61</sup>.

A la hora de hablar de los estudios de cultura política en el ámbito de la disciplina historiográfica, es indispensable mencionar a Serge Berstein, Jean-François Sirinelli y el resto del círculo de la revista *Vingtième Siècle*<sup>62</sup>, cuyas aportaciones contribuyeron a quemar una nueva etapa en el desarrollo de la línea de investigación que constituye el objeto central de este artículo<sup>63</sup>. Su definición del concepto como un conjunto coherente de referentes formalizados que

desembocan en una visión del mundo compartida, en la cual entran en simbiosis un subsuelo filosófico o doctrinal, la mayoría de las veces expresado en forma de una vulgata accesible a muchos, una lectura común y normativa del pasado histórico que connota, positiva o negativamente, los grandes periodos del pasado, una visión institucional que traduce en el plano de las organizaciones políticas del Estado los datos filosóficos o históricos anteriores, una concepción de la sociedad ideal tal y como la ven los poseedores de esta cultura y, para expresar el todo, un discurso codificado en el cual el vocabulario empleado, las palabras clave, las fórmulas repetitivas contienen significado, mientras que ritos y símbolos desempeñan en el nivel del gesto y de la representación visual el mismo papel significante<sup>64</sup>,

ha fijado un catálogo de temas concretos que ha terminado por resultar ineludible para incontables estudiosos, que suelen citarlo profusamente a la hora de poner en marcha sus investigaciones<sup>65</sup>. Este paradigma analítico integra, pues, objetos de análisis como «las re-

---

58. Markwick, 1996.

59. Álvarez Vallejos, 2017, pp. 12-13. Esto no significa que, como han señalado, entre otros, Francisco Erice o Domenico Losurdo «el anticomunismo y sus derivaciones historiográficas» hayan desaparecido completamente del ecosistema académico. Véase Erice, 2002; Losurdo, 2021.

60. Véase Whitefield, 2005; Tucker, 1992.

61. Álvarez Vallejos, 2017.

62. Nos referimos, sobre todo, a Serge Berstein y Jean-François Sirinelli. Véase Berstein, 1999; Sirinelli, 1993; Sirinelli, 1999.

63. El trabajo seminal a este respecto corresponde a un número monográfico de la revista mencionada. Véase *Vingtième siècle. Revue d'histoire*, 1994.

64. Berstein, 1999, p. 391.

65. Por ejemplo, Napolitano, Czajka y Sá Motta, 2013.

presentaciones, los símbolos, la memoria colectiva, los rituales, las sensibilidades o incluso lo emocional y lo irracional»<sup>66</sup>, es decir cuestiones que, en lo referente al estudio del comunismo, ya habían copado la agenda de los investigadores a los que hemos motejado como «pioneros del giro cultural». En cualquier caso, como advierte Miguel Ángel Cabrera<sup>67</sup>, el proyecto de los historiadores franceses se diferencia radicalmente del de los politólogos en que para la ciencia política (y, en nuestro caso, para la soviología) el concepto de cultura política debía ser aplicado para comparar unidades nacionales o regionales, mientras que en la historia política la cultura política se suele estudiar en un marco más subcultural conformado por «las agrupaciones y las tendencias políticas dentro de un sistema político particular»<sup>68</sup>. Toda vez que algunos autores han interpretado esta idea *avant la lettre*, aludiendo al carácter «excesivo» del postulado de la existencia de las culturas políticas nacionales<sup>69</sup>, tal vez sea útil mencionar que para el caso del comunismo es absolutamente necesario atender al hecho nacional – entendido este, como se expondrá en las conclusiones, no como una esencia, sino de una manera dialéctica – para aprehender la heterogeneidad del movimiento, dada la relativa homogeneidad ideológica manifestada por sus numerosos componentes.

Como demuestran algunos trabajos recientes – entre los que cabe destacar las interesantes aportaciones de José Carlos Rueda Laffond<sup>70</sup> – el enfoque que acabamos de retratar no resulta contradictorio con respecto a la importancia que el componente internacional adquirió para el Movimiento Comunista, cuyo empeño por promover una civilización global es fácilmente rastreable acudiendo a los escritos de los clásicos (Marx, Engels, Lenin y Stalin), así como a la obra de otros comunistas (Trotsky, Mao y Hoxha) para los que la fraternidad revolucionaria mundial fue algo más que un elemento testimonial en sus respectivas trayectorias doctrinales<sup>71</sup>.

Bajo nuestro punto de vista, pues, la cultura política comunista no sería sino «un compendio de narrativas, experiencias individuales y colectivas, dinámicas de encuadramiento y reglas

66. Cabrera, 2010, p. 38.

67. Cabrera, 2020, p. 46.

68. No obstante, es necesario insistir en que, aunque esta observación puede comprobarse en todas las tendencias analizadas, ya en 1973 Robert Tucker abogaba por el estudio de los «*nonruling communist movements*». Véase Tucker, 1973, p. 188.

69. Sierra, 2010, p. 239. En general, los historiadores españoles han tendido a manifestar la idea, enunciada por Juan Pro, de que «[i]maginar las naciones como contenedores preexistentes en los cuales pueden tomar forma las culturas políticas es una alternativa dudosamente preferible a la de suponer que si hay algo externo, preexistente y objetivo, se trataría de las estructuras sociales en las que se desarrolla la vida de relación entre los seres humanos y aun la misma reproducción de la vida humana», consideradas ambas alternativas como «naturalización» y «determinismo». Pro, 2010, p. 207. Por nuestra parte, no encontramos motivo para que el investigador del comunismo deba elegir uno de los dos términos de esa aparente dicotomía, pues entendemos que reconocer la existencia de factores culturales nacionales no implica asumirlos como elementos reificados.

70. Por ejemplo, Rueda Laffond, 2018; Rueda Laffond, 2022.

71. Recordamos que el título de una de las más conocidas monografías sobre el comunismo es, precisamente, *La rivoluzione globale: storia del comunismo internazionale. 1917-1991*. Véase Pons, 2014.

sobre la identidad, la adscripción, el reconocimiento y la percepción cuya comprensión exige combinar las escalas de lo global y lo local»<sup>72</sup>; una idea que bebe directamente del proyecto analítico de Jean Vigreux y Serge Wolikow, quienes a principios del presente siglo ya señalaban la necesidad de reparar en la articulación compleja «entre lo nacional y lo internacional y entre las formas partidistas nacidas del modelo bolchevique y las culturas políticas nacionales»<sup>73</sup>.

Por otra parte, estos y otros reconocidos historiadores del comunismo como Michel Dreyfus, Bruno Groppo, Claudio Ingerflom, Roland Lew, Claude Pennetier o Bernard Pudal han categorizado al siglo XX como «el siglo de los comunismos» en plural, contribuyendo a trascender el ángulo «criminológico» patrocinado por escritores negrolegendarios como Stéphan Courtois. Para este conjunto de expertos,

[e]stá hoy difundida la tentación, un tanto ideológica, de reducir esta diversidad y esta complejidad a una pretendida naturaleza del fenómeno comunista, que tiende a ser por constitución una ilusión<sup>74</sup> (el comunismo como religión secular o mito del hombre moderno que se imagina capaz de regenerar el mundo social), una experiencia única, casi un accidente histórico, cuya relativa durabilidad (1917-1989/91) se basa sobre la coerción, sobre la represión y sobre el crimen [...]. Tales tentaciones, se basan sobre el deseo, bastante vano desde el punto de vista científico, de dotarse de una filosofía de la historia del siglo XX en la cual expresar la relación propia [personal] con la idea que se tiene del comunismo, más que el deseo de comprender sus múltiples y contradictorias dimensiones<sup>75</sup>.

Desde un punto de vista similar, aunque ciertamente algo menos objetivo por la a veces cuestionable calidad de sus fuentes, autores como el británico David Priestland han bosquejado, incluso, esquemas típico-ideales destinados a ordenar, para su mejor comprensión, la infinidad de movimientos y experiencias que han ido conformando al comunismo a lo largo de su joven historia. Así, para este último autor el comunismo habría adoptado diferentes formas – diferentes culturas – más o menos románticas, radicales, modernistas o pragmáticas según las circunstancias en las que las revoluciones socialistas se llevaron a cabo y en función del propio devenir de los Estados que surgieron de ellas. En sus propias palabras,

las ideas de Marx se podían utilizar para justificar programas muy diferentes y los comunistas adaptaron el marxismo a condiciones y culturas específicas muy diversas. También hay que entender el contexto específico en que surgieron los distintos comunismos: la guerra, la intensa competencia internacional y el surgimiento de estados-nación modernos fueron especialmente importantes<sup>76</sup>.

---

72. Rueda Laffond, 2019. Algunos investigadores, entre quienes se encuentra el propio autor de la cita, se han referido a la lógica que encierra esta definición bajo el apelativo de «enfoque transnacional».

73. Vigreux y Wolikow, 2003, p. 10; Cefai, 2001.

74. Lo que evoca las controvertidas memorias de François Furet, 1995.

75. Dreyfus et al., 2000, p. 18.

76. Priestland, 2017.

Finalmente, aunque sin abandonar la visión «francesa» o «historiográfica», la temática de la cultura política también se ha prodigado en el ámbito de la historia social. El interés de los autores que cultivan esta rama de la historiografía por las características de la vida cotidiana del militante comunista ha hecho del concepto de cultura (política) un instrumento heurístico de primera necesidad para desarrollar un verdadero enfoque «desde abajo» dirigido bien hacia la categorización de los partidos comunistas como «organizaciones totales», bien hacia la apuesta por la multidimensionalidad de los mismos. En cualquiera de los casos, como han señalado en el caso de España los historiadores del círculo de la Fundación de Investigaciones Marxistas<sup>77</sup>,

«los enfoques socio-culturales vendrían a poner algo de orden y concierto ante una historia social que no sólo había pecado en ocasiones de militante sino que reducía su contenido a las cuestiones estrictamente superestructurales y en el que el protagonismo del movimiento obrero y de la clase obrera había terminado por imposibilitar un mayor y mejor conocimiento de la sociedad a otros niveles»<sup>78</sup>.

Como puede comprobarse, pues, el concepto de cultura política – utilizado en un sentido amplio (antropológico<sup>79</sup>) y alejado de reduccionismos metodológicos – ha resultado ser una herramienta de gran utilidad para estudiar en profundidad un movimiento político cuya polémica naturaleza le ha impedido, hasta hace relativamente poco, disfrutar de una normalización académica completamente alejada de juicios morales y alineada con la idea de que es un fenómeno complejo, cuya accidentada trayectoria, sus heterogéneas expresiones y su

---

77. Véase la obra compilada por Bueno Llunch y Gálvez Biesca, 2009a. La continuación natural de esta publicación en Erice, 2022. Trabajos similares de obligada consulta los constituyen el de Andrade, 2019, entre otros. Un estado de la cuestión de esta línea de investigación para el caso de nuestro país en Rosano Alloza, 2023a. Por otro lado, el Grupo de Estudios de Historia Actual (GEHA) se ha aproximado al tema de la multiplicidad de culturas políticas comunistas españolas a través de eventos como el I Seminario de Historia Actual 2019-2020: «Izquierda revolucionaria y culturas políticas en la Transición española», celebrado el 19 de febrero de 2020 en el Aula Magna de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Cádiz [Disponible en: <https://www.youtube.com/@geha7293/playlists>]; el I Seminario de Historia Actual 2020-2021: «El comunismo en España: Historia, memoria y culturas políticas», celebrado virtualmente el 11 de noviembre de 2020 [Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=kZE9YmT7Vtg&t=1573s>], y el V Seminario de Historia Actual 2022-2023: «Las culturas políticas de los comunismos en la transición española: teoría, historia y representaciones sociales», celebrado los días 15 y 16 de diciembre de 2022 en el Aula Magna de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Cádiz. Asimismo, los trabajos de Julio Pérez Serrano constituyen una consulta necesaria a este respecto. Véase Pérez Serrano, 2013; Pérez Serrano 2014; Pérez Serrano, 2019; Pérez Serrano, 2022.

78. Bueno Llunch y Gálvez Biesca, 2009b, p. 28.

79. Ni restringido a elementos exclusivamente partidarios, ni encapsulado en productos intelectuales, artísticos o espirituales, sino relacionado con la noción de regla, es decir con la forma en que los distintos grupos sociales – y en este caso también políticos – tienen de organizar su propia convivencia. Una de las aproximaciones más explicativas de este enfoque, por lo demás compartido por una gran cantidad de expertos en la materia, en Díaz de Rada, 2012.

problemática naturaleza no se puede reducir a un principio rector único, de validez universal, eterno e inmutable.

## Conclusiones

En el presente trabajo hemos analizado cómo ha sido abordada la investigación sociohistórica que abarca el conocimiento de la cultura política comunista. Para llevar este proyecto a cabo hemos planteado, en primer lugar, una ruta de acceso al corpus bibliográfico de la vieja soviología. Aunque muchos de los autores que trabajaron bajo la égida de esta pseudo-disciplina contribuyeron a poner en solfa a un paradigma totalitarista habituado a concebir al comunismo en términos monolíticos, en buena parte de los casos la producción de estos científicos no fue sino un producto intelectual con un marcado perfil de guerra fría. En segundo lugar, hemos revisado el juicio de los historiadores ante la cuestión comunista constatando que los mismos también han acudido al concepto de cultura política para ofrecer una mirada alternativa a la reduccionista leyenda negra anticomunista, que lejos de haber agotado su ciclo vital sigue persistiendo en determinados espacios académicos e intelectuales en aras de desacreditar cualquier atisbo de reivindicación o reevaluación del papel histórico de aquel movimiento político.

En este sentido, el enfoque de la cultura política podría seguir produciendo conocimiento de calidad para explorar el comunismo si los investigadores interesados en este objeto continuasen profundizando en el análisis de sus características como fenómeno complejo, poliédrico y conflictivo. En nuestra opinión, la clave para que esta línea de investigación progrese reside en la capacidad que los estudiosos del comunismo muestren para desarrollar los puntos fuertes de las reflexiones anteriores. Para ello consideramos imprescindible acometer acciones que, partiendo del rechazo de los estereotipos que presentan al comunismo como una realidad monolítica, sean capaces de atender al objeto de estudio con mayor distanciamiento, integrando las variables tiempo, espacio y materia. Entre otras, estas acciones deberían orientarse a: i) identificar y sacar a la luz los elementos que – como la ideología, la generación y el “subsuelo filosófico nacional” – interactúan entre sí de una manera no-mecánica en las expresiones concretas del movimiento comunista; ii) caracterizar y clasificar las diferentes variedades y géneros internos derivados de su experiencia histórica, y iii) evitar que el necesario estudio de las particularidades y conflictos interfamiliares, a menudo esgrimidos por los propios protagonistas como diferencias inexpugnables, dificulte la comprensión de las poderosas nervaduras que integran la cultura política comunista como fenómeno histórico diferenciado.

Aunque la neutralidad valorativa es imposible de alcanzar y en cierto modo indeseable – en cuanto que depende del mismo concepto subjetivo de “neutralidad” –, nuestro análisis pretende contribuir a la producción de conocimiento trascendiendo la polarización entre la exaltación épica y la literatura anticomunista de Guerra Fría, problema señalado por Francisco Erice hace ya más de veinte años como una de las causas del enrarecimiento de los estudios

sobre comunismo<sup>80</sup>. En este sentido, estamos convencidos de que afrontando las tareas mencionadas se podrían neutralizar los sesgos que actualmente nos impiden evaluar de forma más matizada, como de hecho se hace con otras corrientes políticas, la contribución del proyecto histórico encarnado por el comunismo a la construcción de las sociedades contemporáneas.

---

80. Erice, 2002, p. 48.

## Bibliografía

- Almond, Gabriel (1954). *The Appeals of Communism*. Princeton University Press.
- Almond, Gabriel (1956). Comparative Political Systems. *The Journal of Politics*, 18 (3), pp. 391-409.
- Almond, Gabriel (1990a). Communism and Political Culture Theory. En Gabriel Almond (Ed.), *A Discipline Divided. Schools and Sects in Political Science* (pp. 157-169). Sage.
- Almond, Gabriel (1990b). The Study of Political Culture. En Gabriel Almond (Ed.), *A Discipline Divided. Schools and Sects in Political Science* (pp. 138-156). Sage.
- Almond, Gabriel y Roselle, Laura (1990). Model Fitting in Communism Studies. En Gabriel Almond (Ed.), *A Discipline Divided. Schools and Sects in Political Science* (pp. 66-116). Sage.
- Almond, Gabriel y Verba, Sidney (1970). *La cultura cívica. Estudio sobre la participación política en democracia en cinco naciones*. Euramérica.
- Álvarez Vallejos, Rolando (2017). Historia e historiografía del comunismo: debates y nuevos enfoques. *Revista de Historia Social y de las Mentalidades*, 21 (2), pp. 11-29.
- Andrade, Juan (2019). *El PCE y el PSOE en (la) transición. La evolución ideológica de la izquierda durante el proceso de cambio político*. Siglo XXI.
- Barghoorn, Frederick (1965). Soviet Russia: Orthodoxy and Adaptiveness. En Lucian Pye y Sidney Verba (Eds.), *Political Culture and Political Development* (pp. 450-511). Princeton University Press.
- Barghoorn, Frederick y Remington, Thomas (1986). *Politics in the USSR*. Little, Brown and Company.
- Berger, Stefan y Cornelissen, Christoph (2021). *Culturas históricas marxistas y movimientos sociales en la Guerra Fría*. Institución Fernando el Católico.
- Berstein, Serge (1999). La cultura política. En Jean-Pierre Rioux y Jean-François Sirinelli (dirs.), *Por una historia cultural* (pp. 389-405). Taurus.
- Brown, Archie (1974). *Soviet Politics and Political Science*. Macmillan.
- Brown, Archie (1977a). Introduction. En Archie Brown y Jack Gray (Eds.), *Political Culture and Political Change in Communist Studies* (pp. 1-24). Macmillan.
- Brown, Archie (1984b). Introduction. En Archie Brown (Ed.) (1984a), *Political Culture and Communist Studies* (pp. 1-12). Macmillan.
- Brown, A. (1984c). Conclusions. En Archie Brown (Ed.) (1984a), *Political Culture and Communist Studies* (pp. 149-204). Macmillan.
- Brown, Archie (Ed.) (1984a). *Political Culture and Communist Studies*. Macmillan.
- Brown, Archie y Gray, Jack (Eds.) (1977). *Political Culture and Political Change in Communist Studies*. Macmillan.
- Brown, Archie y Wightman, Gordon (1977). Czechoslovakia: Revival and Retreat. En Archie Brown y Jack Gray (Eds.), *Political Culture and Political Change in Communist Studies* (pp. 159-196). Macmillan.
- Bueno Lluch, Manuel y Gálvez Biesca, Sergio (2009). Por una historia social del comunismo. Notas de aproximación. En Manuel Bueno Lluch y Sergio Gálvez Biesca (Eds.), «Nosotros los comunistas». *Memoria, identidad e historia social* (pp. 9-39). Atrapasueños/FIM.
- Bueno Lluch, Manuel y Gálvez Biesca, Sergio (Eds.) (2009). «Nosotros los comunistas». *Memoria, identidad e historia social*. Atrapasueños/FIM.
- Cabrera, Miguel Ángel (2010). La investigación histórica y el concepto de cultura política. En Manuel Pérez Ledesma y María Sierra (Eds.), *Culturas políticas: teoría e historia* (pp. 19-85). Institución Fernando el Católico.



- Cefaï, Daniel (dir.) (2001). *Cultures politiques*. PUF.
- Díaz de Rada, Ángel (2012). *Cultura, antropología y otras tonterías*. Trotta.
- Diego, Javier (2006). El concepto de «cultura política» en ciencia política y sus implicaciones para la historia. *Ayer*, 61, pp. 233-266.
- DiFranceisco, Wayne y Gitelman, Zvi (1984). Soviet Political Culture and «Covert Participation» in Policy Implementation. *The American Political Science Review*, 78 (3), pp. 603-621.
- Dreyfus, Michel, Groppo, Bruno, Ingerflom, Claudio, Lew, Ronald, Pennetier, Claude, Pudal, Bernard y Wolikow, Serge (2000). *Il secolo dei comunismo*. Marco Tropea.
- Engerman, David (2009). *Know Your Enemy. The Rise and Fall of America's Soviet Experts*. Oxford University Press.
- Erice, Francisco (2002). Tras el derrumbe del Muro: un balance de los estudios recientes sobre el comunismo en España. *Ayer*, 48, pp. 315-329.
- Erice, Francisco (Ed.) (2022). *Un siglo de comunismo en España II. Presencia social y experiencias militantes*. Akal.
- Fagen, Richard (1969). *The Transformation of Political Culture in Cuba*. Stanford University Press.
- Furet, François (1995). *Le Passé d'une illusion. Essai sur l'idée communiste au xxe siècle*. Éditions Robert Laffont/Calmann-Lévy.
- Gouarné, Isabelle (2013). *L'Introduction du marxisme en France. Philosoviétisme et sciences humaines 1920-1939*. Presses Universitaires de Rennes.
- Jowitt, Kenneth (1974). An Organizational Approach to the Study of Political Culture in Marxist-Leninist Systems. *The American Political Science Review*, 68, (3), pp. 1171-1191.
- Jowitt, Kenneth (1992). Political Culture in Leninist Regimes. En Kenneth Jowitt (Ed.), *New World Disorder: The Leninist Extinction* (pp. 50-87). University of California Press.
- Keenan, Edward (1986). Moscovite Political Folkways. *Russian Review*, 45 (2), pp. 115-181.
- Laurens, Sylvain (2019). *Militer pour la science. Les mouvements rationalistes en France (1930-2005)*. Éditions EHESS.
- Ledeneva, Alena (2004). The Genealogy of Krugovaya Poruka: Forced Trust as a Feature of Russian Political Culture. En Ivana Markova (Ed.), *Trust and Democratic Transition in Post-Communist Europe* (pp. 84-108). Oxford University Press.
- Ledeneva, Alena (2008). «Blat» and «Guanxi»: Informal Practices in Russia and China. *Comparative Studies in Society and History*, 50 (1), pp. 118-144.
- Losurdo, Domenico (2011). *Stalin. Historia y crítica de una leyenda negra*. El Viejo Topo.
- Losurdo, Domenico (2021). *La cuestión comunista. Historia y futuro de una idea*. El Viejo Topo.
- Markwick, Roger (1996). A Discipline in transition?: From sovietology to Transitology. *Journal of Communist Studies and Transition Politics*, 12 (3), pp. 255-276.
- Meyer, Alfred (1965). *The Soviet Political System. An Interpretation*. Random House.
- Meyer, Alfred (1972). Communist Revolutions and Cultural Change. *Studies in Comparative Communism*, 5 (4), pp. 345-370.
- Morán, María Luz (1996/97). Sociedad, cultura y política: continuidad y novedad en el análisis cultural. *Zona Abierta*, 77/78, pp. 1-29.
- Morán, María Luz (1999). Los estudios de cultura política en España. *REIS: Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 85, pp. 97-129.
- Morán, María Luz y Benedicto, Jorge (1995). *La cultura política de los españoles. Un ensayo de reinterpretación*. CIS.

- Morgan, Kevin, Cohen, Gordon y Flinn, Andrew (2007). *Communists and British Society: 1920-1991*. Rivers Oram Press.
- Napolitano, Marcos, Czajka, Rodrigo, Sá Motta, Rodrigo Patto (orgs.) (2013). *Comunistas brasileiros: cultura política e produção cultural*. Editora UFMG.
- Pennetier, Claude y Pudal, Bernard (2014). *Le sujet communiste: Identités militantes et laboratoires du «moi»*. Presses Universitaires de Rennes.
- Peña González, Víctor, Rosano Alloza, Mario, Pérez Serrano, Julio (2023). «Comunistas y punto». Una aportación al debate sobre la ortodoxia en el comunismo español, 1968–1989. *Vegueta. Anuario de la Facultad de Geografía e Historia*, 23 (1), pp. 423-445.
- Pérez Serrano, Julio (2013). Estrategias de la izquierda radical en el segundo franquismo y la Transición (1956-1982). En Marie-Claude Chaput y Julio Pérez Serrano (Eds.), *La Transición española. Nuevos enfoques para un viejo debate* (pp. 95-125). Biblioteca Nueva.
- Pérez Serrano, Julio (2014). Orto y ocaso de la izquierda revolucionaria en España (1959-1994). En Rafael Quirosa-Cheyrouze Muñoz (Ed.), *Los partidos en la Transición. Las organizaciones políticas en la construcción de la democracia española* (pp. 249-291). Biblioteca Nueva.
- Pérez Serrano, Julio (2019). Los proyectos revolucionarios en la Transición española: cuestiones teóricas e historiografía. En Zoraida Carandell, Julio Pérez Serrano, Mercè Pujol Berché y Allison Taillot (Dirs.), *La construcción de la democracia en España (1868-2014). Espacios, representaciones, agentes y proyectos* (pp. 567-589). Presses Universitaires de Paris Nanterre.
- Pérez Serrano, Julio (2022). Consejistas, trotskistas y maoístas: disidencias comunistas en España durante la Guerra Fría. En Francisco Erice (Dir.), *Un siglo de comunismo en España II. Presencia social y experiencias militantes* (pp. 787-819). Akal.
- Petro, Nikolái (1998). O koncepcii političeskoj kul'tury, ili osnovnaja ošibka sovetologii. *Polis*, 1, pp. 36-51.
- Pons, Silvio (2014). *The Global Revolution. A History of International Communism, 1917-1991*. Oxford University Press.
- Priestland, David (2017). *Bandera roja. Historia política y cultural del comunismo*. Planeta.
- Pro, Juan (2010). Afrancesados: sobre la nacionalidad de las culturas políticas. En Manuel Pérez Ledesma y María Sierra (Eds.), *Culturas políticas: teoría e historia* (pp. 205-231). Institución Fernando el Católico.
- Pye, Lucian (1976). Cultura política. En David Sills (Dir.), *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales. Volumen 3. CONF a DRAM* (pp. 326-329). Aguilar.
- Rosano Alloza, Mario (2023a). Historiografía, cultura política y comunismo en España. *Ayer*, 130 (2), pp. 329-341.
- Rosano Alloza, Mario (2023b). Cultura política y marxismo en el Socialismo Real. *Resed. Revista de Estudios Socioeducativos*, 11 (1), pp. 117-130.
- Rueda Laffond, José Carlos (2018). *Memoria roja. Una historia cultural de la memoria comunista en España, 1931-1977*. PUV.
- Rueda Laffond, José Carlos (2019). Nuestro lugar en el mundo: lógicas transnacionales, diseminar y relatos de lo nacional en la cultura política comunista de los años treinta y cuarenta. En Ferran Archilés (Ed.), *No sólo cívica. Nación y nacionalismo cultural español*. Tirant lo Blanch.
- Rueda Laffond, José Carlos (2022). Gigantes. Biografía heroica y cultura transnacional comunista en los años treinta. *Revista de Estudios Políticos*, 195, pp. 187-215.
- Sánchez Resalt, Ana María (2018). Debates historiográficos sobre el estalinismo en lengua inglesa. *Ayer*, 110 (2), pp. 313-329.

- Schneider, Cecilia y Avenburg, Karen (2015). Cultura política: un concepto atravesado por dos enfoques. *POSTData: Revista de Reflexión y Análisis Político*, 20 (1), pp. 109-131.
- Sierra, María (2010). La cultura política en el estudio del liberalismo y sus conceptos de representación. En Manuel Pérez Ledesma y María Sierra (Eds.), *Culturas políticas: teoría e historia* (pp. 233-261). Institución Fernando el Católico.
- Sirinelli, Jean-François. (1993). El retorno de lo político. *Historia Contemporánea*, 9, pp. 25-35.
- Sirinelli, Jean-François (1999). Elogio de lo complejo. En Jean-Pierre Rioux y Jean-François Sirinelli (Eds.), *Por una historia cultural* (pp. 457-467). Taurus.
- Traverso, Enzo (2001). *Totalitarismo. Historia de un debate*. Eudeba.
- Tucker, Robert (1973). Culture, Political Culture, and Communist Society. *Political Science Quarterly*, 88 (2), pp. 173-190.
- Tucker, Robert (1987a). *Political Culture and Leadership in Soviet Russia. From Lenin to Gorbachev*. Norton & Company.
- Tucker, Robert (1987b). The Stalin Period as Historical Problem. *The Russian Review*, 46, pp. 424-425.
- Tucker, Robert (1992). Sovietology and Russian History. *Post-Soviet Affairs*, 8 (3), pp. 175-196.
- Vigreux, Jean y Wolikow, Serge (dirs.) (2003). *Cultures comunistas au XXe siècle. Entre guerre et modernité*. La Dispute.
- VV.AA. (1994). *Vingtieme siecle. Revue d'histoire*, 44.
- Welch, Stephen (1987). Issues in the Study of Political Culture - The Example of Communist Party States. *British Journal of Political Science*, 17 (4), pp. 479-500.
- Welch, Stephen (2005). Political Culture, Post-Communism and Disciplinary Normalisation: Towards Theoretical Reconstruction. En Stephen Whitefield (Ed.), *Political Culture and Post-Communism* (pp. 105-124). Palgrave Macmillan.
- White, Stephen (1979). *Political Culture and Soviet Politics*. Macmillan.
- White, Stephen (1984). Political Culture and Communist States: Some Problems of Theory and Method. *Comparative Politics*, 16 (3), pp. 351-365.
- Whitefield, Stephen (Ed.) (2005). *Political Culture and Post-Communism*. Palgrave Macmillan.